

de marcadores de género. Es clásico ya el estudio de Kent V. Flannery sobre las actividades femeninas y masculinas en las casas del Formativo del Valle de Oaxaca.

Lo rural y lo urbano también son abordados desde el punto de vista de la antropología. Con el proceso de globalización se observa la incorporación de la población rural a sistemas de mercado más amplios. Asimismo se aborda el tema de la desetnización, es decir, la incorporación del individuo indígena al proletariado, destruyendo la familia y el poder local, que fueron siempre las piedras angulares de la reproducción de la comunidad y los medios territoriales indígenas.

Los estudios urbanos no sólo interconectan la antropología con la sociología; en la arqueología actualmente se abordan procesos que se antojarían únicamente relacionados con el presente: la excesiva migración rural-urbana, el impacto de la mancha urbana sobre el medio, los conflictos sociales, etcétera.

El diseño intersecta a la antropología particularmente a través de la ergonomía y la tecnología, es decir, la adecuación del mobiliario, los espacios y los artefactos al quehacer humano. Esta disciplina tiene especial pertinencia para la antropología física y la arqueología, para esta última, en particular, por su interés en la historia tecnológica, como medios de adaptación y relación con el entorno, relaciones que no sólo son económicas, sino sociales y simbólicas.

Los estudios de antropología y medio ambiente revisan las diversas escuelas desde el determinismo geográfico, pasando por la ecología cultural que, con Julian Steward, proponía estudiar los modos de comportamiento incluidos en la explotación de un área por medio de la tecnología. Posteriormente se revisa la ecología humana y la etnoecología. Se enfatiza así el papel de la cultura como sistema adaptativo. En la arqueología fueron famosas sus derivaciones hacia los estudios de patrones de asentamiento.

Otras caras del prisma se vinculan con la economía, la sociología, la historia. El libro es, pues, un atractivo vehículo para abordar la transdisciplina en la antropología.

Linda Manzanilla

Cira MARTÍNEZ LÓPEZ, Robert MARKENS, Marcus WINTER y Michael D. LIND eds., *Cerámica de La Fase Xoo (Época Monte Albán IIIB-IV) del Valle de Oaxaca. Contribución No. 8 del Proyecto Especial Monte Albán 1992-1994, Centro INAH Oaxaca, 2000.*

Con base en sus exploraciones de Monte Albán, Alfonso Caso, Ignacio Bernal y Jorge Acosta (1967) establecieron distintos grupos cerámicos, cuyas diferencias permitieron situarlos dentro de cuatro épocas ligadas a determinada problemática étnico-cultural. Entre algunas de estas épocas ubicaron épocas de Transición, producto de la misma seriación general pero referidas a contextos mixtos hallados en tumbas,

ofrendas y entierros. A la tradición cultural zapoteca le correspondió la época Monte Albán IIIB-IV, dividida en dos partes por el hecho de que para la segunda ya había sido abandonada la gran ciudad. Durante los años setenta este ordenamiento fue cuestionado por los arqueólogos que trabajaban en Lambityeco, quienes desvincularon las dos partes y definieron una época IIIB independiente de la época IV. De esta manera se perdió la idea que A. Caso había vertido en sus trabajos: *una sola tradición zapoteca que se conformó durante el Clásico tardío y sobrevivió hasta la Conquista. El abandono de Monte Albán no habría alterado sustancialmente las formas de vida, costumbres y tipos de utensilio empleados en los valles centrales de Oaxaca*. A partir de entonces se manejaron dos esquemas para el lapso temporal que propuso Caso: uno que respetó la unidad de la época IIIB-IV, y otro que la separó en dos épocas subsiguientes. Quedaba la duda, empero, ¿qué tanto tiempo continuó IIIB-IV, o en su caso el IIIB y el IV? ¿Se trató, en efecto, de una sola tradición? Y si no, ¿en qué cambió el contenido de IV más allá de los elementos foráneos de filiación tolteca que se le incorporaron durante el Postclásico temprano? Dentro de estos esquemas la época V ya no fue manejada como la concibió A. Caso originalmente, es decir, como una intrusión cultural repentina de los mixtecos, pues ahora sabemos que los elementos serranos fueron apareciendo en los valles paulatinamente desde el Clásico tardío.

Antes de resolver la duda de si hubo una época IV distinta a la IIIB, o si debemos de nombrar época V a todo lo que pasó después del abandono de Monte Albán, resulta necesario entender y precisar el contenido artefactual, los límites temporales y el significado histórico cultural del Clásico tardío en aquella ciudad. Esto es, precisamente, lo que pretende el libro que nos presentan Cira Martínez, Robert Markens, Marcus Winter y Michael Lind. Cabe aclarar, de antemano, que estos autores favorecen el esquema que contempla la unidad de IIIB y IV, y que “el propósito inmediato [de su trabajo] fue establecer una clasificación sistemática [de la cerámica perteneciente a esta época], aunque el estudio tiene también otras implicaciones” (p. 253) que serán atendidas por nosotros más adelante.

En la Introducción se detalla el contenido del volumen: “El capítulo 1 trata la problemática de la época IIIB-IV, explicando cómo la época ha sido definida por varios investigadores y por qué tanta confusión ha surgido a su alrededor. El capítulo 2 describe la metodología, la terminología y la muestra utilizada en el estudio. Los capítulos 3, 4 y 5 son los catálogos de cerámica gris, café y amarilla, respectivamente. El capítulo 6 presenta las tablas con categorías derivadas de la muestra, y el capítulo 7 reúne observaciones y comentarios generales” (p. 1). A esto se añaden las referencias bibliográficas y nueve apéndices.

El estudio se justifica por los resultados que arrojó el análisis de los materiales cerámicos que realizó el Proyecto Especial Monte Albán 1992-1994, enfocado en buena medida a los vestigios de la última época de ocupación urbana (pp. xiii-xiv). Su propósito es “ofrecer una clasificación sistemática de la cerámica de la época IIIB-IV que facilite la identificación de los depósitos arqueológicos correspondientes a tal

época. Se intenta definir los tipos cerámicos diagnósticos de la época IIIB-IV y asignarles fechamientos absolutos. La meta es identificar y describir la variación en la cerámica en forma sistemática y presentarla en un formato que pueda ser aplicado en otros estudios, incluyendo investigaciones detalladas enfocadas a las técnicas de producción y los usos de la cerámica” (p. 1).

La clasificación “está formulada parcialmente en base a la tipología de Caso, Bernal y Acosta publicada en *La Cerámica de Monte Albán*” (p. 11). Los problemas que encontraron en este trabajo, y que se mencionan a continuación, fueron los que motivaron el presente estudio: “Un primer problema es que la presentación por separado de barros y formas ha ocasionado confusiones ... Una segunda dificultad es que no ha sido posible reconocer consistentemente tanta variedad descrita por Caso, Bernal y Acosta en los tipos de barros ... Una tercera dificultad es que hay secciones de la segunda parte de *La Cerámica de Monte Albán* en que no se informa al lector de qué pastas están hechas las formas descritas e ilustradas ... Una cuarta dificultad con la clasificación de Caso, Bernal y Acosta es la inconsistencia en las definiciones ... Una dificultad final es la falta de algunos datos que en ciertos casos impiden estudios comparativos ...” (pp. 11-2).

Con base en estos señalamientos los autores subrayan que “Nuestra clasificación tiene como fin la formación de categorías que reflejen el paso del tiempo. Pensamos que las variables relacionadas a los distintos aspectos de forma van a ser las claves para reconocer cambios a través del tiempo, por el hecho de que hay una carencia notable de decoración en la cerámica ... [de esta época]. La muestra de que se deriva la clasificación está conformada en gran parte por piezas completas o reconstruibles puesto que estas se prestan más para un estudio de formas que los fragmentos pequeños” (p. 12). Para enriquecer la clasificación se incluyeron también algunas muestras de otros sitios ubicados en los valles (pp. 27-8).

Habiendo revisado los materiales expuestos durante el taller cerámico realizado dentro del marco de la primera Mesa Redonda de Monte Albán (1998), y leído cuidadosamente el presente estudio no cabe duda que a través de él se resuelven muchas de las dificultades antes mencionadas. Los distintos catálogos son fáciles de consultar y en los dibujos se observan más detalles. El contraste entre las categorías diagnósticas de los intervalos temporales se distingue claramente y demuestra que los habitantes de Monte Albán vivieron numerosos cambios hacia principios de la época IIIB-IV.

Más allá de las ventajas que brinda esta obra para la clasificación cerámica, es necesario evaluar también la postura que toman sus autores con respecto a la “extraordinaria complejidad social y cultural ... [que refleja el] auge de Monte Albán, seguido por el colapso de la ciudad y [la] reorganización de la población regional” (p. 2). En este sentido se puede observar que desde el Prefacio enfatizan que “La confusión tocante a esta época se debe en parte a no separar los eventos humanos y culturales de lo que pretende ser la cronología absoluta y objetiva” (p. xiii). Dicho

enunciado conlleva, empero, una serie de implicaciones que van a repercutir en el significado de la clasificación cerámica y de los conceptos que usan para designar sus intervalos temporales. Es así que *el proceso que abarca las épocas IIIB-IV y V*, descrito como “Uno de los cambios socio-políticos más notables en el Oaxaca prehispánico [que] corresponde a un fenómeno generalizado en Mesoamérica, la transición del Clásico al Postclásico” se reduce *al empleo del término fase Xoo* “con el entendimiento que se refiere a *la misma cerámica* que la época IIIB-IV definida por Alfonso Caso, Ignacio Bernal y Jorge R. Acosta” (p. 1). Luego se dice que “El término “época” utilizado por Caso, Bernal y Acosta (CBA) es paralelo al término “fase” utilizado en la arqueología estadounidense. Ambos se refieren a bloques de tiempo usualmente definidos con base en atributos cerámicos, excepto, desde luego, para periodos sin cerámica. Tanto “época” como “fase” *pueden también tener contenido cultural en cuanto a arquitectura, patrones de asentamiento y otros elementos*, pero la clasificación cronológica es más comunmente determinada con base en la cerámica. Así, se habla a veces de “fases cerámicas”. Aquí utilizamos “época” y “fase” como sinónimos” (p. 2).

Con respecto a los términos que emplea el arqueólogo en su trabajo siempre es bueno consultar a Gordon R. Willey y Phillip Phillips (1958), quienes en su ya clásico *Method and Theory in American Archaeology* señalan que la fase equivale a “an archaeological unit possessing traits sufficiently characteristic to distinguish it from all other units similarly conceived, whether of the same or other cultures or civilizations, spatially limited to the order of magnitude of a locality or region and chronologically limited to a relatively brief interval of time” (p. 22). Para que una fase merezca dicho apelativo, estos autores señalan que ha de manifestarse en más de un componente. En la práctica puede suceder que una fase se defina inicialmente sobre un solo componente, pero a la larga se espera que aparezcan otros componentes y se modifique la definición original (pp. 21-2). Ahora bien, aunque el componente no se refiere a un tipo de manifestación cultural sino a un sitio o a un nivel dentro de un sitio, se entiende que es el conjunto de manifestaciones culturales que estos comparten lo que caracteriza a una fase. Por otro lado, al discutir la relación entre las unidades básicas componente-fase, y las unidades integrativas horizonte-tradición, Willey y Phillips explican que las primeras son predominantemente formales y estáticas, y las segundas fluidas e históricas. Y añaden: “The real point, however, is not how like or unlike these two pairs of units may be, conceptually or operationally, but that there is no built-in taxonomic relationship between them. Components and phases enter into horizons and traditions; *their external relationships are expressed by these units, but they are not combined to form them. In fact, the opposite is more nearly the case. A single phase may conceivably enter into more than one horizon*” pp. 42-3). No se trata pues de plantear distintas etapas en la investigación y de separar “la cerámica de la etnicidad y de los cambios culturales” (p. xiii) sino de enfocar a la sociedad en su conjunto, fluida e histórica, por compleja y “confusa” que esta se presente. Si los autores de este libro quieren “tener una cronología cerámica regional estrechamente ligada a

nuestro calendario por fechamientos absolutos de radiocarbono que sirva como estructura independiente para poder ubicar en el tiempo los eventos y acontecimientos socio-culturales y las relaciones interétnicas” (p. xiii) también tienen que reconocer que no todas las actividades y productos elaborados por el hombre evolucionan al mismo ritmo, y que una “fase cerámica” puede entrar en más de un horizonte.

Ahora bien, ¿a qué viene la cita de Willey y Phillips sobre las relaciones que existen entre la fase y el horizonte? Si observamos la tabla cronológica incluida en la obra de E. Rattray (2000) sobre la cerámica y cronología de Teotihuacan vemos una línea que cruza todas las secuencias regionales a la altura del año 650 d.C., y que se interrumpe en la columna que corresponde a los valles de Oaxaca. Esta línea, sin embargo, es la que divide los intervalos temporales propuestos para la *fase cerámica Xoo*, es decir, uno temprano (aprox. 500-600 d.C.) y otro tardío (aprox. 600-800 d.C.) (cfr. Tabla 1. y Apéndices A y B). A su vez esta línea separa las manifestaciones culturales relacionadas con Teotihuacan de aquellas otras asignadas al horizonte Epiclásico. Aunque en Monte Albán no se marca tan claramente esta separación, si se distinguen numerosos elementos y contextos que relacionan a la época IIIB-IV con los sitios epiclásicos del altiplano mexicano (Fahmel 1998). Pareciera entonces que la *fase cerámica Xoo* entra en más de un horizonte, y que sólo su momento “tardío”, situado entre 650 y 800 d.C. corresponde a la época IIIB-IV o Clásico tardío de Oaxaca.

Viendo que la obra de A. Caso, I. Bernal y J. Acosta (1967) causaría algunos problemas a futuro por incluir una época de Transición IIIA-IIIB poco definida, en 1996 rebautizamos a esta como *fase tardía de la época IIIA*. Entregamos copias de este trabajo a uno de los “senior authors” del libro en discusión y comentamos con él los problemas derivados de la nomenclatura que proponía para sus intervalos temporales. Constatamos ahora que por método se da prioridad a las clasificaciones sobre los eventos y las relaciones que tienen los humanos (cfr. p. xiii).

En el trabajo mencionado (Fahmel 1996) se plantea que el tablero de tipo doble escapulario es característico de la época Monte Albán IIIB-IV. Hay, sin embargo, un tablero con escapularios sencillos que aparece desde antes en el Montículo o Vestíbulo “b” de la Plataforma Norte y que va a ser muy común en Xochicalco. La relación que mantuvo Monte Albán con Xochicalco se ve también en la cerámica, los glifos, la lapidaria y en dos grupos arquitectónicos que comparten los recintos ceremoniales de estas ciudades. Si llegásemos a fechar la época IIIB-IV en 500-800 d.C., como sugieren los autores del libro reseñado, el tablero de escapulario sencillo se ubicaría antes del año 500 d.C., y por ende muy distante de los inicios de la secuencia cultural de Xochicalco. Si por el contrario la época IIIB-IV empezó después de 650 d.C., queda un pequeño lapso de tiempo para el intercambio entre la ciudad morelense y la oaxaqueña. Al mismo tiempo, mientras que en Monte Albán aparecían las categorías formales de la *fase Xoo temprana*, en Xochicalco aún se recibían elementos relacionados con la época IIIA. Este ordenamiento no sólo da coherencia a la problemática que vinculó a Monte Albán IIIB-IV con otras regiones de Mesoaméri-

ca, sino que abre un espacio para aquellos tiempos difíciles en que se abandonó Teotihuacan, y surgieron las ciudades epiclásicas como Xochicalco y se transformó la sociedad en los valles centrales de Oaxaca.

En cuanto a la época IIIB-IV o *fase Xoo tardía*, señalan los autores de la obra que estamos revisando que “corresponde a un intervalo de gran actividad arquitectónica en Monte Albán, [por lo que] no será válido intentar un ajuste entre las secuencias y mantener que la fase Xoo Tardía definida en este estudio equivale a la época IV de Caso, Bernal y Acosta” (p. 254). Por ende sitúan a los objetos hallados en contextos terminales y en el derrumbe de los edificios construidos durante el auge de la ciudad dentro de la época V, o sea, después del año 800 d.C. (p. 13). A esta época la subdividen en una fase temprana o Lioba (800-1200, o 800-1250 d.C.), y en otra tardía o Chila que habría llegado hasta 1521 d.C. (pp. 8, 13-14 y 254). Esta última corresponde a la época V de Caso, Bernal y Acosta y esta bien documentada; la fase Lioba, empero, queda por definirse. Hasta el momento solo se conoce por dos tipos de cajete y objetos que proceden de “contextos especiales” (pp. 8, 14 y Apéndice G).

Respecto a la fecha de 800 d.C. propuesta para el fin de la época IIIB-IV, y el proceso de abandono de la ciudad y “mixtequización” de los valles surge la duda de si estos fueron eventos repentinos, si realmente todos los escombros que se hallaron en Monte Albán (cfr. Rickards 1910) pertenecen a los edificios que se tenían durante la época IIIB-IV, y si todas las ofrendas ubicadas en estos corresponden a la época V temprana. Cuando los autores subrayan que “los cambios cerámicos se correlacionan con los cambios en la arquitectura” (p. 259) nos percatamos que no siempre consultan los trabajos previos y la historia de las investigaciones que permitieron detallar la secuencia cultural del sitio. También señalan que “Durante la fase Xoo, en Monte Albán hubo un cambio en el uso del doble escapulario ... al uso de cornisas sencillas para la decoración arquitectónica, y un cambio del uso de piedra cantera importada al uso de piedra local para la hechura de tales elementos decorativos. Es posible que estos cambios estilísticos en la arquitectura correspondan a dos intervalos. Xoo Temprana y Xoo Tardía, las dos divisiones en la fase definidas por la cerámica. Estas posibilidades pueden ser evaluadas en el futuro” (p. 259). Si tornamos la mirada hacia lo que se ha escrito sobre la arquitectura de Monte Albán sólo cabe preguntar si ¿con lo dicho se delinea al futuro arqueólogo que desconoce el pasado?

Por último cabe destacar la problemática que gira alrededor del Anaranjado Fino Balancán, la elaboración de una imitación local y su diferencia con respecto al tipo cerámico A7 (pp. 5-7). De la discusión se desprende que el material hallado en Lambityeco es una imitación local, pero aún así se concluye que “La presencia de la cerámica Anaranjada Fino Balancán en Xoo Tardía en el Valle de Oaxaca sugiere relaciones de intercambio o influencia de grupos foráneos. En años recientes se ha encontrado el Anaranjado Fino Balancán (Anaranjado Fino Z) en otras regiones de Mesoamérica Central fuera del área Maya, por ejemplo, en Cacaxtla. No se conoce el lugar de origen de esta cerámica, aunque Peterson (1995: 86) sugiere que puede ser

los Tuxtlas” (p. 259). Debido a que no se consultan los trabajos realizados sobre la cerámica anaranjada fina proveniente del área maya, se le ofrece al lector una serie de ideas confusas que necesitan ser desglosadas. Se sugiere no utilizar el término Balancán si los tiestos no fueron importados de aquel área. De nada sirve aducir que los tipos mayas de pasta fina fueron ampliamente distribuidos en Mesoamérica si lo que se tiene no cabe dentro de aquella tipología. Si la pasta de los tiestos oaxaqueños varía entre anaranjado y gris es necesario realizar análisis químicos antes de aducir que unos son locales y los otros traídos de fuera (pp. 218-20). Si esta cerámica aparece con más frecuencia en Lambityeco, o esta hecha con pastas de los Tuxtlas, lo más adecuado sería darle un nombre que refleje su lugar de origen o procedencia.

Bernd Fahmel Beyer

REFERENCIAS

CASO A., I. BERNAL Y J. R. ACOSTA

1967 *La Cerámica de Monte Albán*. Memorias del Instituto Nacional de Antropología e Historia, 13, México.

FAHMEL BEYER, B.

1996 “La definición de la Fase IIIA tardía en Monte Albán”, *Indiana*, 14: 87-98.

1998 “Monte Albán IIIB-IV y su red de interacción con el Altiplano mexicano”. E. Ch. Rattray (ed.), *Rutas de Intercambio en Mesoamérica. III Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, Universidad Nacional Autónoma de México, México: 201-212.

RATTRAY, E. CH.

2001 *Teotihuacan: Cerámica, cronología y tendencias culturales*. Instituto Nacional de Antropología e Historia y Pittsburgh University.

RICKARDS, C.G.

1910 *The Ruins of Mexico*. H. E. Shrimpton, London.

WILLEY, G.R. Y PH. PHILLIPS

1958 *Method and Theory in American Archaeology*. The University of Chicago Press, Chicago y Londres.